

ct

# Los micro monólogos de las boquitas prestadas

de  
Antonio Miguel Morales

*(fragmento)*

## 12. Rodrigo Díaz de Vivar.

Soy Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid Campeador.

Me podéis llamar Señor, ustedes que vivís en el tiempo de los vasallos. Nací en Vivar el año 1043, pero si hubiese nacido en vuestro siglo mi existencia hubiese tenido más sentido. ¿No lo creéis? Ahora desterráis a los parias. Como no soy ningún paria, seguro estoy de que no hubiese conocido el destierro en los tiempos de Felipe IV como lo conocí en los de Alfonso VI. Ahora se le da más importancia a la batalla contra el moro. Ahora sí que yo sería un héroe contemporáneo, y no me sucedería lo que me sucedió cuando los mestureros nobles incendiarios ordenaron mi marcha hacia el exilio. Allí los buitres sobre mi cabeza me recordaron el hogar que perdí por las acusaciones infundadas de mi cohorte de falsos aduladores, que me mostraron la espalda cuando necesité una patria donde cobijarme, un descanso para mis pies llagados, una hogaza de pan junto a la lumbre, o quizás una palabra amable cuando la noche se cernía sobre las últimas estrellas.

Ahora, si me pidierais clemencia, encontraríais mi perdón, como mi sepulcro, cerrado con doble llave, porque de ningún pusilánime se escribirá jamás una epopeya donde quepan el honor o la gloria.

Sí, yo también sería un *hater* en los tiempos que corren, porque hay mucho comeboñiga suelto, y un poema épico contemporáneo necesita héroes, no nenazas, me cachis en la mar.

Ahora sí que sería yo feliz con mi ballesta en ristre por las llanuras de Castilla. Cuán privilegiados testigos de la historia sois, cuánta envidia me provocáis, quién pudiera crear patria como vosotros, tan desahogadamente, con un click incendiario, con un like sibilino, con un perfil falso, con una adarga rojigualda para hundir en el costado del sueño de los justos, porque con los justos se crean patrias endebles, con fronteras difusas donde incluso se posan los jilgueros.

Ahora sí que necesitáis un bardo que cante las glorias nacionales, un zahorí que desentierre las palabras hermosas pronunciadas en otras lenguas para quemarlas en la hoguera y una bandera que pinche como una ortiga para que ninguna piel poco curtida pueda usarla como sudario.

Ha llegado mi tiempo y yo no estoy. Aunque a veces lo dudo, y me parece que todo está sucediendo de nuevo delante de mis ojos, me monto a horcajadas sobre Babieca y una nube de polvo me provoca una sensación extraña. Es algo así como si me estuviese reencarnando. Pero no se lo cuento a nadie, porque no es de buen cristiano propagar supercherías.

Y ya lo que me faltaba es que me condenasen por incauto. Bendito sea Dios.

## 17. El llanto de Pleberio.

Pleberio soy, padre de Melibea, y la historia me trajo a mi destino un río de lágrimas, congojas y vanas esperanzas. Vivir sobre mi hija, muerta ella, me disparó las ganas de volar, ya que el orden pervertido de los acontecimientos hizo que yo mismo me arrancara los blancos cabellos. Pero ahora comienza un año nuevo. Y desde el balcón que la posteridad me ha cedido, para mi sorpresa, oigo un rap desatado donde antes vibraban las cuerdas del laúd, y comprendo que los viejos tenemos todavía el deber de soñar más allá de las obras de nuestros hijos, y por más que nos duelan sus ausencias.

Cuando me faltó mi hija, mi queridísima siempre Melibea, el aire tornóse negro como pluma de urraca. Y el vacío me silbó en la esquina del aire para que yo me arrojara de bruces. Y ahora que sé que la variable Fortuna os mostrará mi vuelo como ejemplo, os pido que no lo toméis, porque los días que han de venir nos brindarán falacias, pero también desalojarán el vinagre que anida en el pétalo de Eros para convertirlo en una rosa abierta al porvenir, ya sin remedio.

Holgad sin medida, por más que la feria no os muestre su prosperidad en los principios del cuento, porque todo año nuevo ha de venir con las ganas de holgar intactas, como un primer rubor en el rostro de las doncellas, como un calambre en el centro, como un deseo sin cuitas ni dobleces.

Así que hoy, mirando el futuro como una posibilidad, cuando ya había dado por finiquitado el sentido de mis días, el vuelo de una estrella me ha hecho pedir un deseo para el año que se nos viene encima: que ojalá a alguien se le ocurra pensar que la muerte no tiene el derecho absoluto de provocar efectos en cadena. Y si morí en el libro de Fernando de Rojas que hizo famoso el llanto de Pleberio, alguien hoy diga en mi nombre que la muerte jamás fue (jamás será) necesaria.

Ni en el nombre de Melibea ni en el nombre de Dios, más que nos pese.

Folgad, hijos míos, y si es posible hacedlo respetando la etimología de la palabra. Porque el verbo “Folgar” no necesita que nadie nos pille confesados.

## 39. Yo, Lázaro de Tormes.

Yo, Lázaro de Tormes, desde la sabiduría que dan el tiempo, la memoria y el hambre, flipo mazo cuando me entero de que hay trece millones de españoles en riesgo de pobreza y exclusión social. Cuánto partido sacarán de este dato en tiempos de Pascua aquellos que provocan el hambre ejerciendo la caridad inmisericorde, esa que necesita el flash para quedar inmortalizada sobre el papel cuché.

Pues sepa Vuestra Merced, político que lo consiente, que no dudo en acusarle de medrar sin pensar en el pan de su vecino, de colmar la talega propia con la sal del menesteroso paisano que no tiene un torrezno que llevarse a la boca. Quizás piense que tengo la lengua demasiado afilada. Pero lo que usted desconoce es que el apetito me ha hecho sagaz y aprovechéme mi experiencia, lacerado de mí, para saber que la ocasión hace al ladrón, y que es fácil acudir a la caridad cuando uno ya se ha comido sin cuidado las pringadas propias y las ajenas, desatentadamente.

Por eso, en estos tiempos de Adviento, me gustaría pedir- no solo al político lánguido sino también al ciudadano ejemplar- más justicia que caridad. En tanto que el enojo me acompaña al ver cómo las luengas longanizas abundan en algunos hogares de la Villa, mientras que en otros las inmundas lombrices anidan en los estómagos vacíos, recuerdo emocionado cómo la gente que a mí me liberó de la canina jamás escribió su nombre con letras brillantes en ningún escaparate para ser beatificada, sino que más bien me encontré con los mendrugos de pan en mi zurrón sin saber qué mano santa allí los había depositado.

Por favor, no se hagan fotos con los niños pobres.

Por caridad, practiquen la justicia.

Solo así podrán evitar que los Lázaros del mundo sigan siendo trece millones de condenados.

Si hay una fila de muertos de hambre, debiéramos todos tomar ejemplo del autor que me dio la vida sin jactarse de ello, y ser anónimos para entregar lo mejor de nosotros mismos.

Porque de los anónimos será el reino de los cielos.

Y feliz navidad.